

## ***TRANSFERENCIA, PRESENCIA Y DESEO DEL ANALISTA***<sup>1</sup>

*Adriana Hercman*

Distanciándose de planteos que le eran contemporáneos, Lacan leyó en el texto freudiano una dimensión de la transferencia que no se reduce a una reproducción de lo vivido sino que plantea otra coordenada: la de un amor presente en lo real.

Al incluir el orden de la repetición como desencuentro, la transferencia no se subsume a la demanda aunque será por la vía del engaño que se producirá el encuentro con la presencia del analista, cuyo cuerpo quedará entonces íntimamente comprometido en la experiencia.

Lacan puso el acento en el lugar del analista, analista que forma parte del concepto de inconsciente por estar concernido en ese nudo que en un análisis se anuda en función del amor promovido por lo que al sujeto le falta, que es aquello con lo que ama.

Partir del amor permite situar la topología donde es posible inscribir la transferencia, porque en cuanto hay alguien a quien se le supone saber, hay transferencia y entonces se lo ama. Pero para el analista no hay ningún más allá sobre el cual autorizarse para ejercer su función. El valor agalmático con el que fue investido deberá perderse en las vueltas del análisis en la medida en que el valor operatorio de su deseo le permita soportar el objeto *a*, manteniendo esa tensión fundamental que lo distancia del Ideal.

A diferencia de la ciencia, que no se pregunta por ejemplo por el deseo del físico, el psicoanálisis no puede dejar fuera de su interrogación el deseo del analista.

Pero, ¿cómo pensar la articulación que vincula al sujeto con el Otro a quien se dirige la demanda de amor con la aparición del deseo? Es que este amor

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el III Congreso Argentino de Convergencia, Buenos Aires, 2010.

no es idéntico a las demandas que el sujeto le dirige sino que se sitúa más allá de ellas, en la medida en que el Otro puede o no responder como presencia. Detrás del amor de transferencia se afirma el lazo del deseo del analista y del analizante.

A lo largo de su enseñanza, Lacan tomó distintos trabajos de analistas post freudianos como modos de interrogar la posición del analista y con la intención de hacer de los señalamientos de sus desvíos, boyas que orienten la práctica del discurso. Critica la pertinencia del concepto de contratransferencia aunque toma trabajos de analistas de la década del '50, especialmente mujeres, que –por las evidencias de su práctica y a contrapelo del saber doctrinal y moral que les hacía obstáculo a sus descubrimientos–, también hicieron foco en el lugar del analista como término de la experiencia, y dieron cuenta de la topología en juego en la transferencia aún cuando no llegaron a articular su mecanismo ni a formalizar su estructura. En el Seminario *La Angustia*, Lacan toma un caso de Lucy Tower que es en este punto ejemplar:

En su artículo titulado *La Contratransferencia*, de 1955, Tower relata los avatares de un caso que plantea sus cuestiones en el plano del amor. Se trata del análisis de un hombre inhibido respecto de su afirmación masculina y con una posición de sometimiento y hostilidad respecto de las mujeres.

Se trata de una historia de amor, aunque pronto todo se situará en el plano del deseo. Cualquier analista femenina podía aquí haberse extraviado, señala Lacan, de no estar advertida como lo estaba Tower.

¿Qué es lo que desencadena y hace poner en movimiento este análisis hasta entonces monótono y de intervenciones analíticas inoperantes? Un sueño de la analista. Este sueño, en el que su propio deseo se ve implicado, le permite a esta analista resituarse en la transferencia.

La transferencia la coloca en el lugar del partenaire sexual, de la mujer, desencadenándose entonces todo el desenlace pulsional. La analista llevó la tormenta hacia ella y la violencia y la furia se jugarán a partir de entonces en la transferencia.

El paciente la puso a prueba pedazo a pedazo. Dice Tower: “*Me sometió al escrutinio más persistente, minucioso e incómodo, como si quisiera despedazarme célula por célula. Cada movimiento, cada palabra mía, eran observados tan de cerca que literalmente sentía que, de producirse el más insignificante movimiento en falso de mi parte, todo estaría perdido*”. Es ella convertida en la mujer, objeto de la búsqueda sádica que apunta al objeto. Pero para Lacan, situarse en la línea por la que pasa esta búsqueda no es entrar en el diálogo masoquista. La analista presta de esta manera su cuerpo al juego en donde la ubica la transferencia.

La mujer, dice Lacan, es más verdadera y más real y por esa condición destaca sus relaciones, como psicoanalista, con la posición de Don Juan. La mujer corre con ventajas para desenvolverse en la transferencia porque su vínculo con el nudo del deseo es más laxo que en el hombre, lo que le facilita las cosas en lo que respecta a operar en el campo del deseo. La mujer se presenta con la apariencia de una vasija, el hombre imagina que la vasija puede contener el objeto de su deseo pero a la vasija femenina, dice Lacan, no le falta nada.

Así, *“ella busca el deseo en él pero se encuentra con que él no busca el deseo en ella sino que lo que busca es el objeto ‘a’, bajo la forma de las especies del a como puede ser el falo”*

De lo que se trata, dice Lacan, es de que el sujeto haga el duelo de lo que está buscando y *“Cuando él haya hecho su duelo de encontrar en ese partenaire su propia falta, -fi, la castración del hombre, habrá cumplido con su castración”*

Cito del Seminario XI: *El paciente le dice al analista: “Te amo pero –porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto a minúscula–, te mutilo...”*. Ese pedazo corporal separable pone en juego la presencia del analista, el deseo del analista en presencia, eje sobre el que gira todo el movimiento del análisis.

Apoyándose en un divertido apólogo, Lacan afirma que al analista no le basta ser adivino del deseo como Tiresias sino que también *es necesario que tenga tetas*, es decir ofrecerse como el objeto que queda como resto de la operación.

Porque si lo más propio del sujeto se funda en el encuentro con la nada que le sirve de soporte, al analista orientado en la ética del psicoanálisis, le toca soportar esa forma de presencia al que la transferencia lo convoca en cada caso.

Donde los contemporáneos se empantanaban con el análisis de las resistencias, Lacan habló de resistencia del analista. Resistencia relativa al horror a dejarse tomar por la maquinaria de la transferencia. Sin embargo, a esta analista le fue preciso tomar la medida de su propia relación con el deseo para constatar en acto que el deseo no es algo con lo que se pueda mantener distancias.

En el ejemplo, ningún cambio de posición subjetiva, posición respecto de la castración, hubiera sido posible para este hombre si la analista no se hubiera prestado a ser soporte del circuito transferencial que le costó ser tomada por pedazos.

Una vez recorrido ese tramo de la transferencia, la analista se encuentra verdaderamente en la posición de Don Juan, *libre y etérea como él saliendo de las alcobas luego de hacer de las suyas*.

*Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.*